

# *El calígrafo de los cielos*

Ernesto Fernández-Weiss

## *El calígrafo de los cielos*

Colección SOYUZ # 12

Primera edición, enero de 2018

© Ernesto Fernández-Weiss

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

([www.edicioneseltransbordador.com](http://www.edicioneseltransbordador.com) - [edicioneseltransbordador@gmail.com](mailto:edicioneseltransbordador@gmail.com))

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

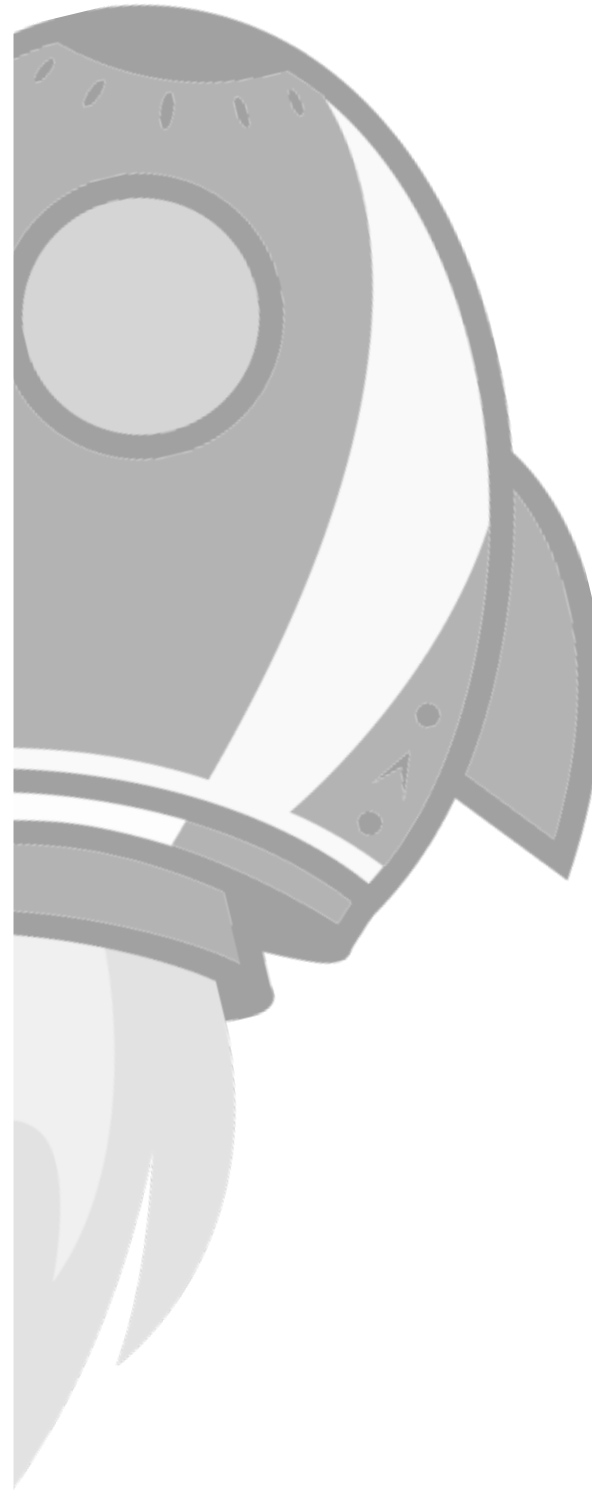
Diseño de portada a partir de una fotografía de Gozha Net en [unsplash.com](https://unsplash.com)

Depósito legal: MA 6-2018

ISBN: 978-84-947701-2-8

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - Printed in Spain



## *El calígrafo de los cielos*

Ernesto Fernández-Weiss

### Prólogo

Robert remoloneó en el pasillo frente a la puerta del locutorio, haciendo como el que leía con hondo interés un manojito de papeles mientras se dejaba adelantar por una pareja de administrativos que seguían su misma dirección. Cuando doblaron la esquina, el joven miró a uno y otro lado y atravesó la puerta, furtivo, cerrándola rápidamente tras de sí.

—¡Hola, Betsy! —exclamó con aire seductor y vivaracho—. Te veo hoy especialmente... —Los ojos de Robert escudriñaron con ahínco el sombrío rostro de Betsy, la adusta responsable del departamento, en busca de algo que justificase un piro-po—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

—El locutorio está cerrado —lo informó Betsy sin ahorrar un ápice de sequedad a su expresión.

—¿Qué? Vaya, ¿en serio?

—El locutorio está cerrado, Robert, y lo sabes.

—Bueno, pensé que, quizás, por una vez...

—Es la quinta vez que vienes este mes fuera del horario.

—Pe-pe-pero... es que... —farfulló un Robert ahora desprovisto de toda altanería—. Es un asunto muy importante, Betsy, un asunto crítico, ¡vital! Además, esto de la diferencia horaria...

Betsy resopló. Posó una mirada lastimera sobre el muchacho y activó uno de los interruptores de la consola que tenía frente a ella.

—La cuatro —dijo—. Te dejo la cuatro. Tres minutos.

—¡Oh, gracias, Betsy, mil gracias! Sabía que...

—Pero te escucharé.

—... eras de ese tipo de personas en las que... ¿¿Qué??



—Que te estaré escuchando.  
 —Eh, eh, oye, es una conferencia personal y privada, se supone que no debes...  
 —Se supone que el locutorio está cerrado —arguyó la responsable con juicioso criterio—. Mira, Robert, no sé qué te andas entre manos, y a mí francamente me la refanfinfla, pero éstas son unas instalaciones del gobierno y si estuvieses haciendo algo ilegal, inapropiado, inmoral o Dios sabe qué, porque no quiero ni saberlo, podrían acusarme de negligencia o, peor aún, de complicidad.  
 —¡Si ya te lo conté! Es una llamada a mi amigo de Hollywood, una simple e inocente llamada.  
 —La cuatro —zanjó Betsy—. Y te estaré escuchando.  
 Robert se encaminó hacia la cabina número cuatro con una agridulce sonrisa. Cerró la portezuela en busca de una vaga sensación de intimidad, sacó del bolsillo una manoseada tarjeta y marcó un teléfono de Los Ángeles, California. Después de seis tonos, el productor cinematográfico Samuel Horowitz descolgó el aparato.  
 —Dígame.  
 —¿Señor Horowitz?  
 —¿Quién demonios es?  
 —Señor Horowitz, soy Robert, Robert Gellert.  
 —¿Quién? ¡Váyase al cuerno! No conozco a ningún Gellert.  
 —Soy Robert, el hijo de Lawrence Gellert, su compañero de la marina.  
 —¿Lawrence Gellert? ¡Ah, joder, espera! ¿Te refieres a Larry, el viejo Larry?  
 —Eso es, Larry Gellert, de la marina. Yo soy su hijo Robert.  
 —Ah, sí, el pequeño Bobby, ya me acuerdo. Coño, ¿y por qué no me lo has dicho antes?  
 —Es lo que trataba de...  
 —Y dime, Bobby, ¿cómo está tu padre, el muy cabrón? ¿Sigue jugando al

tenis o se ha pasado ya al golf y esas mierdas de viejos?  
 —Creo que sigue, sí, seguramente. Si quiere, le daré recuerdos de su parte la próxima vez que hable con él.  
 —Bien, bien, dile que... —De repente, una pausa—. ¡¡DILE QUE COMO VUELVA A VERLO POR AQUÍ LE SACARÉ LAS TRIPAS CON MIS PROPIAS MANOS Y ME HARÉ UNA RAQUETA NUEVA CON SU INTESTINO DELGADO!!  
 —¿Co-co-cómo dice?  
 —Perdona, hijo, hablaba con mi secretario. En fin, Bobby, ¿qué era lo que me estabas contando?  
 —Sí, eh... ¿Recuerda que le entregué un guion hace unos meses?  
 —Ahora mismo no caigo. ¿Cuándo viniste por la productora?  
 —No, no fui en persona, se lo envié por correo. Es que estoy en España.  
 —¿España? ¿Qué haces en España?  
 —Trabajo para el Comité Norteamericano de Cooperación, se lo comenté en la carta que le adjuntaba.  
 —Ah, estupendo, Bobby. Y a todo esto, ¿cuál era tu guion?  
 —Se titula *La amenaza de los rigelianos*.  
 —*La amenaza de...* ¿de qué?  
 —De los ri-ge-lia-nos. Son los habitantes de Rigel, la estrella Rigel. Está en la constelación de...  
 —¿Y de qué va?  
 —Es una trepidante historia sobre la invasión de unos alienígenas venidos de Rigel que pretenden conquistar la Tierra y...  
 —Ya, algo así como *La guerra de los mundos*.  
 —Sí, algo así, pero ésta tiene una subtrama mucho más elaborada, más...  
 —¿En qué sentido?  
 —El protagonista es un apuesto y valiente aventurero que ha de rescatar a su prometida de las garras del malvado emperador rigeliano.

—Vale, como Flash Gordon. ¿Y qué más?  
 —¿Qué más? Bueno, aquí las naves alienígenas no lanzan rayos caloríficos, sino rayos de protones que...  
 —... que matan gente y destruyen cosas, ¿no?  
 —Eh, sí, exacto, eso mismo es lo que hacen.  
 —Escucha, hijo, ¿sabes cuántos guiones me llegan al día sobre invasiones extraterrestres y aventureros espaciales?  
 —Pues no.  
 —Yo tampoco, pero mi secretario sí. ¡¡Arthur!! —Se escuchó gritar al señor Horowitz—. ¡Arthur, pedazo de tarugo!  
 —Dígame, señor —respondió en la distancia el secretario.  
 —¿Cuántos guiones me llegan al día sobre invasiones extraterrestres y aventureros espaciales?  
 —Eh... ¿Demasiados, señor?  
 —Demasiados —le dijo Horowitz a Robert hablando de nuevo a través del teléfono—, ya lo has oído.  
 —Pero *La amenaza de los rigelianos* es diferente, es...  
 —... es una puta basura, Bobby, y disculpa que te lo tenga que decir así.  
 —Entiendo.  
 —¿Qué coño os pasa a los guionistas? ¿No os habéis dado cuenta de que ya no estamos en los años treinta? Mira el almanaque, Bobby, míralo.  
 —Lo estoy mirando, señor Horowitz.  
 —¿Y en qué año pone que estamos?  
 —En mil novecientos cincuenta y...  
 —¡Exacto! ¿Lo ves?  
 —Lo veo, señor.  
 —Pues ahí lo tienes —sentenció el productor, satisfecho. Robert asentía al otro lado de la línea, aunque no terminaba de comprender cuál era aquella evidente conclusión a la que Samuel Horowitz había llegado.  
 —Entonces... —musitó tímidamente.  
 —¿Cuándo estarás de vuelta por aquí, Bobby?

—Creo que en octubre, señor Horowitz.  
 —Bien, pues ven a verme cuando estés en California y tráeme algo, algo bueno. Tienes todo el verano para ejercitar la imaginación. ¿Te dará tiempo?  
 —Por supuesto.  
 —No hace falta que elabores un guion completo, para eso tengo a una panda de chimpancés aporreando máquinas de escribir por pavo y medio la hora. Yo lo que necesito son ideas, buenas ideas, ideas frescas y originales. ¿Me entiendes, Bobby?  
 —Lo entiendo, señor Horowitz, y le estoy muy agradecido por la oportunidad que me está dando.  
 —No me des las gracias. Si hago esto es por tu padre, por el viejo Larry.  
 —Claro.  
 —Oye, cuando lo veas, dile de mi parte que... —De nuevo una pausa—. ¡¡DILE QUE LE SACARÉ LOS OJOS Y ME LOS PONDRÉ COMO GEMELOS EN LA PRÓXIMA GALA DEL SINDICATO DE DIRECTORES!!  
 —¿Co-co-cómo dice?  
 —Perdona, hijo, era Arthur otra vez.

I

En aquellos tiempos no transitaban muchos coches por Peñalbilla. No transitaba ninguno, de hecho, tan sólo la furgoneta gris de Correos —en ruta por la comarca una vez a la semana— y la destartada Citroën del transportista Pepe Langarri que, con similar frecuencia, avituallaba el par de ultramarinos del pueblo. No era pues nada común ver pasar un coche por sus calles, de modo que cuando aquel Ford de brillante color negro rugió a través de la plaza levantando una espesa polvareda, los vecinos de Peñalbilla se quedaron maravillados contemplando el insólito espectáculo.

El Padre Urbano despachaba sus últimos latines con cierto rastro de bochorno en el semblante. Sabía bien que



su parroquia no guardaba ese domingo tanta atención a los evangelios como a los tres hombres que, tras descender del vehículo, habían tomado asiento en los bancos delanteros de la nave. Él mismo no estaba muy inspirado ese día, hubo de reconocerse. La presencia del alcalde —Don Paulo Saavedra— junto a aquellos dos desconocidos —uno un tipo gris con aspecto de chupatintas, el otro de apariencia extranjera— le intrigaba tanto como a sus feligreses. Así pues remató la misa con un apático *amén* y descendió del púlpito para dirigirse a la curiosa compañía. Don Paulo se aclaró la garganta antes de estrechar la mano del sacerdote.

—Buenas tardes, Padre Urbano. Quiero presentarle a dos buenos amigos míos: aquí, Don Cosme Gutiérrez —dijo dirigiéndose al ceniciento señor de mediana edad, de cabello escaso y aire burocrático—; es técnico de fomento de la Diputación Provincial. Y a mi derecha el señor... Robert Gellert —pronunció con cierto esfuerzo—. ¿Lo he dicho bien?

—Oh, sí, Gellert —afirmó el extranjero, aunque en realidad al alcalde le había salido más bien algo así como un «Jéyer», versión poco fiel a la original anglosajona—. Mucho gusto.

—Encantado —correspondió el Padre Urbano—. Díganme, ¿a qué se debe su visita a Peñalbilla?

—El señor Gellert —intervino el funcionario Cosme Gutiérrez— es miembro del Comité Norteamericano de Cooperación.

—Así es —confirmó el alcalde—, y actualmente trabaja en un proyecto muy importante que puede reportar pingües beneficios a nuestro pueblo.

—¿De veras? ¿Y de qué se trata?

—La NASA quiere construir una estación de seguimiento de satélites espaciales en su país —aclaró el norteamericano—, y Peñalbilla ha sido elegida como

candidata para acogerla. Los señores Saavedra y Gutiérrez me están mostrando los encantos de la localidad.

—Oh, qué interesante. Dígame, ¿piensa quedarse mucho tiempo en el pueblo?

—Lo cierto es que debería partir enseguida, tengo otros lugares que visitar.

—Lo entiendo —dijo el cura, pensativo y con un tono suspicaz—. Oiga, ¿es usted católico?

—¿Católico? Ehm, bueno, mi abuelo era irlandés.

—¡Excelente! —exclamó el Padre Urbano, dando por válida la respuesta—. En ese caso le apetecerá conocer nuestra iglesia.

—Es usted muy amable, pero quizás sería mejor otro día. Como le dije, llevo cierta prisa.

—Claro, claro, pero seguro que aún tiene tiempo de que le enseñe el templo. Es del siglo XIII, ¿sabe?

—Vaya, qué interesante, pero la verdad es que...

—Venga, venga —insistió el Padre Urbano, tomándolo del brazo y arrastrándolo hacia una capilla lateral—. Déjeme que le muestre nuestro tesoro más preciado: un hueso del tobillo de San Sindulfo Mártir. El rey Alfonso VI se lo ofreció al antiguo convento de Peñalbilla después de arrebatarlo a los sarracenos en la batalla de...

Mientras el cura asediaba al americano con entusiastas explicaciones histórico-teológicas, Don Paulo se dirigió al sargento Marcelino Carrasco, comandante del cuartel de la Benemérita, que tras la misa se había aproximado tímidamente al grupo con el oído presto al cotilleo.

—¡Hombre, Marcelino, qué oportuno encontrarlo aquí!

—Señor alcalde —saludó el guardia con aire marcial.

—Le presento a Don Cosme Gutiérrez, técnico de la Diputación.

—Sargento Marcelino Carrasco, para servirle a Dios y a usted.

—Encantado —correspondió el funcionario.

—Precisamente quería verlo hoy, Marcelino —le informó el alcalde—. Aquel señor al que Don Urbano tortura con sus soporíferas disertaciones es miembro del Comité Norteamericano de Cooperación.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que su estancia en Peñalbilla le resulte de lo más agradable.

—Bueno, en cuanto se libere del Padre Urbano el señor Gellert proseguirá su viaje hacia la capital, lo cual, por su bien, confío en que suceda más pronto que tarde. Pero a usted, Marcelino, quería convocarlo a una reunión en el ayuntamiento, después del almuerzo, si le parece bien.

—Por supuesto.

—Va a formar parte de la comisión de apoyo a la candidatura de Peñalbilla para la construcción de una estación de seguimiento de satélites.

—¿Una estación?

—Sí, Marcelino, de seguimiento de satélites, de satélites espaciales. Habrá oído hablar de los satélites espaciales, ¿no?

—Claro —dijo el sargento sin demasiada convicción.

—Bien, entonces lo espero a las cinco en el consistorio.

—¡Sí, señor! —respondió el guardia con viril gallardía, insuficiente empero para borrar la sombra de desconcierto que barnizaba su rostro.

\*\*\*

—... de manera que pueden favorecer enormemente las comunicaciones transcontinentales, así como ayudar al desarrollo de precisos sistemas de medición cartográfica, y ello por no mencionar que suponen los primeros pasos en la futura conquista del espacio, a la que nuestro país, naturalmente, no puede renunciar.

—Gracias, Cosme —intervino el alcalde—, creo que su exposición ha sido muy instructiva para todos. ¿Alguna duda más sobre la utilidad de los satélites? —preguntó Don Paulo, paseando la mirada por entre el reducido auditorio que se congregaba en el pequeño salón del ayuntamiento—. ¿Marcelino?

El sargento negó con un rápido movimiento de la cabeza. Puesto que había sido el primero en preguntarle al funcionario sobre la naturaleza de aquellos exóticos trastos espaciales, no pudo más que resignarse al papel de ignorante destacado en la materia. Habría apostado, sin embargo, que ni el alcalde, ni mucho menos el vetusto Padre Urbano tenían mayores conocimientos que él en tecnología aeroespacial de vanguardia. En lo que respectaba a Eduardo Mira —el maestro de la escuela municipal, quinto componente de la «Comisión de Apoyo a la Candidatura de Peñalbilla»— ya habría aceptado un margen de duda. Eduardo era un vivaz muchacho de veintitantos años, proveniente de la ciudad, de talante abierto y amplias entendederas. Su fuerte al parecer eran la lengua y la literatura españolas, aunque no se manejaba mal con las matemáticas y las ciencias naturales, por lo que seguramente tendría más claros los crípticos conceptos —órbitas, efectos gravitacionales, ondas electromagnéticas— con que el funcionario de la Diputación había salpimentado sus explicaciones.

—En ese caso —prosiguió el alcalde—, entremos de lleno en lo que nos concierne. A ver, caballeros, ¿cómo creen que podríamos hacer nuestro pueblo más atractivo para el comité americano?

Durante unos segundos se cruzaron miradas expectantes sin que ninguno llegase a abrir la boca.

—¡Vamos! —los instó Don Paulo—. ¿Qué tiene Peñalbilla que no tengan las otras candidaturas?



—Nuestro patrimonio histórico es sin duda riquísimo —dijo el Padre Urbano—. La iglesia, por ejemplo.

—¿La iglesia? Por favor, Padre, no empiece.

—La iglesia —repitió el cura—. ¿Sabía, señor Gutiérrez, que es del siglo XIII?

—Sí —respondió el funcionario un tanto apático, elevando los ojos por encima de las gafas antes de devolverlos a su portafolios—. La Iglesia de San Sindulfo y el Castillo de Peñalbilla tienen su atractivo, no lo dudo. Pero no sé si eso impresionará al comité.

—¿Cómo que no? Son auténticas joyas históricas.

—Sí, ya, pero tenga presente que entre las localidades candidatas también se encuentra San Borromilo de Valdejuña.

—¿San Borromilo?

—Fue sede episcopal hasta el siglo XVII, y cuenta con un notable monasterio renacentista.

—Bah, San Borromilo —murmuró con desdén el Padre Urbano.

—En su iglesia reposan los restos del infante Don Venerando, hijo del Rey Sancho II de León —continuó el funcionario, leyendo su dossier.

—¿El infante Don Venerando? ¿Y quién demonios era ése?

—Padre Urbano, por favor, no se solivante —le advirtió el alcalde.

—El infante Don Venerando iba al frente de las tropas cristianas en la batalla de Burgüelos.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde queda el tobillo de San Sindulfo, eh, eh?

—Padre, serénese.

—San Sindulfo cristianizó a los moldavos, ¡ahí es nada! ¿Acaso es comparable con ese pollo leonés?

—Ehm... bueno —intervino Cosme Gutiérrez, algo incómodo ante la encendida argumentación del cura—. La verdad es que Don Venerando perdió la batalla —admitió, tratando de mostrarse

conciliador—. Supongo que, después de todo, tampoco era un hombre especialmente magnífico.

—Por favor, no nos desviemos —dijo el alcalde. El sacerdote pareció dominar al fin su genio tras apuntarse aquella pequeña victoria—. Díganos, Cosme, ¿sabe qué están organizando los otros candidatos?

—No dispongo de datos concretos, pero imagino que en estos momentos estarán programando sus propios eventos. Lo que sí es muy probable es que saquen pecho a cuenta de lo más socorrido, ya saben: productos de la comarca, bailes folclóricos, ese tipo de cosas.

—Claro, es lógico —dijo Don Paulo frotándose el mentón—. ¿Qué les parece si organizamos un festival de las migas?

—El chorizo de Peñalbilla tiene su aquél, desde luego —comentó el sargento Marcelino Carrasco.

—Y el tintorro de la vega tampoco está nada mal. ¿Usted qué opina, Eduardo, que lo veo muy callado?

Todos miraron al joven maestro, que, en efecto, permanecía en silencio y con aire pensativo en un extremo de la mesa.

—Pues, la verdad —comenzó a decir un tanto dubitativo—, coincido en gran medida con ustedes. Peñalbilla posee un patrimonio histórico muy destacable; las migas y el chorizo son excelentes, ya lo creo, así como el tinto de la comarca. Pero venía yo pensando en otro tipo de cosas...

—A ver, hable.

—Si los americanos construyen una estación de seguimiento de satélites aquí, tendrán que traer personal: técnicos, ingenieros, científicos, etcétera. Seguro que disfrutan complacidos de nuestras migas y nuestro paisaje, pero la comida, el vino y los castillos no son algo que nos distinga particularmente de otras candidaturas. Yo optaría por algo más... cómo lo diría... más moderno.

—¿Más moderno?

—Algo con lo que se sientan identificados, más cómodos, como en casa. Algo típico de su país.

—¿Se refiere a la Coca-Cola, el *rocanrol* y todo eso? —preguntó el Padre Urbano.

—Le diremos a Fuentes que encargue Coca-Cola —dijo Don Paulo—; en la taberna sólo ponen tinto de porrón, anís y gaseosa.

—Creo que Doña Herminia tenía un tocadiscos —señaló Marcelino—, de esos antiguos, con una especie de trompeta.

—Bien, bien, todo eso es estupendo —dijo el maestro—. Por ahí va la idea, pero yo me refería a otra cosa. Verán, hace unos meses leí una interesante anécdota en *Selecciones del Reader's Digest*. ¿Conocen esa revista? Es americana, ahora la publican también en español. ¿No les suena?

—Ni idea —dijo el alcalde. Los demás acompañaron la negativa con sus respectivos movimientos de cabeza.

—Bueno —prosiguió el maestro—, el caso es que hace poco leí un artículo sobre una publicación fantástica de allí, de América, una revista de relatos futuristas, ya saben: viajes espaciales, invasores de otros mundos, ese tipo de historias. Tenían una tirada, no sé, digamos que de cien mil ejemplares, que se distribuía por todo el país, y un día los editores descubrieron que en un pequeño pueblecito de Nuevo México había un número asombroso de suscriptores, como de varios cientos, ¿vale? El pueblo era muy pequeño, tenía apenas dos mil habitantes y, sin embargo, aquel villorrio dejado de la mano de Dios era el lugar de Estados Unidos donde más se leía la revista, al menos en términos proporcionales. La cosa es que no hallaron explicación hasta que, años después, supieron que en aquel pueblecito se había instalado la base de investigación del Proyecto Manhattan. El proyecto de desarrollo de las bombas atómicas.

Eduardo, sonriente, alternó la mirada entre los cuatro hombres, que permanecían en silencio.

—¿Y? —dijo al fin el cura.

—Que en esa base vivían y trabajaban multitud de científicos, cientos de ellos, los más importantes del país. Y a los científicos les encantan las historias futuristas, historias sobre naves espaciales, robots, planetas desconocidos, alienígenas, máquinas pensantes... ¿Comprenden?

—¿Está proponiendo que publiquemos una revista de cuentos fantásticos? —inquirió Don Paulo Saavedra.

—No, eso quizás sería demasiado complicado. Pero sí que resultaría sencillo convocar un concurso literario. Un concurso de novelas de ciencia ficción.

—¿Ciencia ficción? —rezongó el Padre Urbano, a quien el término no le resultaba nada familiar.

—Ah, sí, ciencia ficción —musitó el sargento Carrasco, que acababa de captar el concepto—. Historias de científicos, inventos raros, robots, cosas así. Como los libros de Julio Verne.

—¡Eso es, como Julio Verne! —confirmó Eduardo—. ¿Alguien ha leído algo suyo?

—Hace poco vi una película en el cine de la capital —dijo Cosme, el funcionario—: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Creo que era de ese autor del que habla.

—¡Sí! Está basada en una de sus novelas.

—Pues estaba muy bien. Iba sobre un submarino ultramoderno.

—¡Exacto! Submarinos, naves interplanetarias, máquinas ultramodernas. ¡Ésa es la idea!

—Pero a ver —repuso el alcalde, haciendo un leve ademán de desconcierto—. ¿Un concurso de novela, aquí? No hay escritores en Peñalbilla, no que me conste, desde luego. Ni siquiera tenemos una gacetilla parroquial.